

El contenido del mensaje cristiano según la *Catechesi Tradendae* visto desde España

EDUARDO MALVIDO

I. EL MENSAJE CRISTIANO A LA LUZ DE LA CT

A. Exposición

En este primer apartado voy a exponer la visión de la CT sobre el tema del contenido del mensaje cristiano. La exposición constará de estos tres puntos:

1. El fin definitivo de la catequesis
2. El fin específico de la catequesis
3. El contenido de la catequesis

1. *El fin definitivo de la catequesis*

Al oír la palabra «catequesis» rápidamente nos viene a la memoria esta otra palabra: «catecismo», o sea, la de un libro que expresa la fe cristiana a base de preguntas y de respuestas... Hoy día existen otros libros de catequesis en sustitución de los clásicos catecismos. Pero en el fondo seguimos identificando la catequesis con la asimilación de un libro.

Juan Pablo II, en su visión de la catequesis, se remonta felizmente —más allá de los libros— a la realidad de las personas que intervienen en la catequesis: a la realidad de los catequizandos, de los catequistas, de la Iglesia... y a la realidad de Jesucristo y de la misma Santísima Trinidad:

«el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad» (CT, 5).

La finalidad última de la catequesis no es, por tanto, la asimilación de la doctrina expuesta en algún libro, sino la introducción del cristiano, por medio del aprendizaje de dicha doctrina, en la Vida del Dios cristiano.

Las palabras citadas del Pontífice evocan estas otras de la primera epístola de Juan:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida —pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y que se nos manifestó—, lo que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (1Jn 1,1-3).

El Papa, en su consideración de la catequesis, tiene muy en cuenta este horizonte de Vida divina, que es también el horizonte de la vida de los hombres.

La catequesis no es asunto primario de libros, de programas, de enseñanzas, de métodos..., sino de personas. La catequesis intenta en último y en real término hacer que los catequizandos se asemejen al Hombre Jesús de Nazaret en su realización última y penúltima. La catequesis es en definitiva la «seuela Christi», «seguimiento» entendido no sólo en un sentido moral, sino también en un sentido antropológico, como el Proyecto de Hombre diseñado y propuesto por Dios para todos los hombres:

«Hay que subrayar, en primer lugar, que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, 'Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad', que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros. Jesús es el 'Camino, la Verdad y la Vida', y la vida cristiana consiste en seguir a Cristo, en la 'seuela Christi'» (CT, 5).

A la luz de esta finalidad suprema de toda catequesis, Juan Pablo II se fija muchísimo en las personas de los catequizandos y emplea en consecuencia

expresiones que van más allá de una catequesis entendida como mera instrucción, expresiones que llegan a «tocar» la realidad de la persona del catequizando: «madurez de la fe de los cristianos», «formar al hombre perfecto, maduro, que realice la plenitud de Cristo», «educación de la fe de los niños, de los jóvenes y adultos», «educar al verdadero discípulo», «crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud», «educarse en la fe», «finalidad específica: la educación en la fe», «entregarse a la Palabra de Dios y apoyarse en ella», «seguir a Cristo», «adhesión global con la sincera conversión del corazón», «iniciar a toda la vida cristiana», «pensar como Él, juzgar como Él, actuar de acuerdo con sus mandamientos, esperar como Él»...

El concepto que la *CT* tiene de la catequesis es un concepto que rebasa con creces «el sentido estricto al que por lo común se atienen las exposiciones didácticas: la simple enseñanza de las fórmulas que expresan la fe» (*CT*, 25). Es un concepto amplio, que incluye la experiencia cristiana en los diversos frentes de la vida, y al que el Papa, de acuerdo con el punto de vista del IV Sínodo General de Obispos (cfr. *CT*, 25), califica de concepción «pastoral».

Ni que decir tiene que el destinatario «ordinario» de esta catequesis concebida como «abierta a todas las esferas de la vida cristiana» (*CT*, 21) es el cristiano adulto. ¿Es que acaso puede un niño mostrar la razonabilidad de la fe cristiana, o testimoniarla específicamente desde su compromiso de vida, o ser un miembro activo en la pequeña comunidad eclesial...? Nada tiene de extraño que el Sínodo de la Catequesis, de 1977, que comenzó por estudiar a los catequizandos niños y que Pablo VI lo extendió a los jóvenes, terminara centrándose en los adultos. Era la consecuencia lógica de una catequesis que, por cambios culturales profundos, había vuelto a ser la catequesis de los orígenes: una catequesis de iniciación cristiana integral, esto es, «abierta a todas las esferas de la vida cristiana» (*CT*, 21; cfr. *CT*, 43).

2. *El fin específico de la catequesis*

La comunión con Jesucristo, el ser o existir en Cristo... es el fin definitivo que la catequesis comparte con todas las actividades pastorales (= de dentro) y misionales (= de fuera) de la Iglesia (cfr. *CT*, 18). Ahora bien, ¿cuál es el rasgo específico que distingue a la catequesis de las otras actividades de la Iglesia? He aquí la respuesta de la exhortación apostólica *CT*:

«Globalmente se puede considerar aquí la catequesis en cuanto educación de la fe de los niños, de los jóvenes y adultos, que com-

prende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático, con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana» (CT, 18).

La educación de la fe de los cristianos propia de la catequesis se realiza por medio de «una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático» (CT, 18), por lo cual la catequesis se distingue del primer anuncio del evangelio o anuncio kerygmático. En cuanto esa enseñanza de la doctrina cristiana es impartida con miras a *iniciar* a los catequizandos en la integralidad de la vida cristiana, la catequesis se diferencia a su vez de esas otras actividades eclesiales en las que el cristiano ya catequizado participa no inicialmente, sino plenamente en la «experiencia de vida cristiana, celebración de los sacramentos, integración en la comunidad eclesial, testimonio apostólico y misional» (CT, 18).

Nótese cómo la catequesis mantiene estrechamente vinculadas e interrelacionadas en los catequizandos la coordenada del saber y la coordenada del vivir. La catequesis no se diferencia del anuncio kerygmático ni de las demás actividades eclesiales arriba mencionadas porque haya renunciado a una de las dos coordenadas o niveles, sino porque la acción catequística se desenvuelve en un tono de crecimiento germinal, de progreso primero, de maduración incipiente:

«Se trata, en efecto, de hacer crecer, a nivel de conocimiento y de vida, el germen de la fe»...

«La finalidad de la catequesis, en el conjunto de la evangelización, es la de ser un período de enseñanza (= conocimiento) y de madurez (= vida)»... (CT, 20).

Seguidamente, y en el mismo capítulo III («La catequesis en la actividad pastoral y misionera de la Iglesia»), el Papa marca aún con más detalle las diferencias existentes entre la catequesis y las otras actividades eclesiales: entre la catequesis y el primer anuncio del Evangelio (cfr. CT, 19 a 21), entre la catequesis y la experiencia de vida (cfr. CT, 22), entre la catequesis y la celebración sacramental (cfr. CT, 23), y entre la catequesis y la integración en la comunidad eclesial (CT, 24). Pero en estas diferenciaciones marcadas por el Papa se siguen teniendo presentes las dos coordenadas de la catequesis: la coordenada del conocer y la coordenada del vivir. Así, por ejemplo, en el contraste que la CT establece entre la evangelización catequística y la evangelización kerygmática, Juan Pablo II resalta con Pablo VI el carácter sistemático de la catequesis como «lo que principalmente distingue a la ca-

tequesis de todas las demás formas de presentar la Palabra de Dios» (CT, 21). Pues bien, después de indicar que una enseñanza sistemática es aquella en la que el nivel del conocimiento se caracteriza por seguir un plan ordenado en sus partes y en su totalidad, por ser una enseñanza de contenido elemental, básico, y por desarrollar bastante el núcleo del mensaje cristiano, la CT recuerda explícitamente el segundo nivel de la catequesis (= vida) cuando añade que una enseñanza sistemática entraña «una iniciación cristiana integral», o sea, «abierta a todas las esferas de la vida cristiana» (CT, 21).

La peculiaridad de la catequesis respecto de las otras actividades eclesiales reside sólo, por tanto, en las enormes posibilidades educativas de que goza, en las altas cuotas de cultivo con que cuenta, por encontrarse el catequizando, como decía antes, en ese período decisivo de «crecimiento germinal», de «progreso primero», de «maduración incipiente» de su fe.

3. *El contenido de la catequesis*

En el capítulo IV de la CT («Toda la Buena Nueva brota de la fuente»), Juan Pablo II aborda directamente el estudio del contenido del mensaje cristiano.

Con brevedad, vuelve a situar el contenido de la catequesis dentro de las dos coordenadas del conocer y del vivir. Después de afirmar que el contenido del mensaje cristiano «no puede ser otro que el de toda la evangelización» (CT, 26), habla de que dicho contenido se desarrolla más y más en el catequizando:

1.º: «mediante la reflexión y el estudio sistemático» (= nivel del conocimiento)

y 2.º: «mediante una toma de conciencia, que cada vez compromete más, de sus repercusiones en la vida personal; mediante su inserción en el conjunto orgánico y armonioso que es la existencia cristiana en la sociedad y en el mundo» (= nivel de la vida).

A continuación, el Pontífice declara cuál es la fuente de donde brotan para la catequesis (al igual que para las otras actividades eclesiales) la enseñanza, la liturgia y la vida de la Iglesia: «La catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, transmitida mediante la Tradición y la Escritura» (CT, 27).

Y, ya a partir del número 28 hasta el número 34, el Papa entra en el tratamiento del contenido específico de la catequesis. Juan Pablo II comienza por

dar un modelo de esquema de contenido para catequistas: el Credo (el Credo Apostólico y el Credo NicenoConstantinopolitano) u otros Símbolos «que en momentos cruciales recogieron en síntesis felices la fe de la Iglesia» (CT, 28). En el párrafo siguiente Juan Pablo II trae a cuento el «Credo del Pueblo de Dios» proclamado por Pablo VI en 1968 y asegura de él que «es una referencia segura para el contenido de la catequesis» (CT, 28).

El número 29 de la CT no es ninguna exposición sistemática del contenido de la catequesis elaborada personalmente por el Papa. Juan Pablo II dice que la *Envangelii Nuntiandi*, de Pablo VI, acometió ya semejante empresa y que «los elementos principales del mensaje cristiano están expuestos de manera más sistemática todavía en el *Directorium Catechisticum Generale*, n. 47-69». El Papa actual se limita en el número 29 de la CT a resaltar la importancia de algunos de los elementos de nuestra fe. Nada más. Entre los elementos que se mencionan, los más subrayados por el Papa son los referentes a Jesucristo y a la vida moral de los cristianos.

Sobre cristología, Juan Pablo II se muestra conforme con la siguiente petición de los Obispos sinodales:

«Los Padres del Sínodo estuvieron bien inspirados cuando pidieron que se evite reducir a Cristo a su sola humanidad y su mensaje a una dimensión meramente terrestre, y que se le reconociera más bien como Hijo de Dios, el mediador que nos da libre acceso al Padre en el Espíritu» (CT, 29).

Respecto de la vida moral, Juan Pablo II insiste en las exigencias morales que para el cristiano dimanaban del conocimiento del mensaje cristiano tanto en el orden personal como en el orden social de la vida. El Papa termina el número 29 de la CT recordando la larga tradición que la dimensión social tiene dentro de la catequesis de la Iglesia. Ya en la época patristica (S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo...), nos encontramos con una clara preocupación por «las consecuencias sociales de las exigencias evangélicas». Desde la *Rerum Novarum*, en 1891, dicha preocupación social se ha avivado considerablemente en la enseñanza catequística de Obispos y de Papas. El propio Papa Juan Pablo II es uno de los casos más representativos de esa tradición de la dimensión social de la catequesis de la Iglesia.

Nuestro Papa actual tiene toda la razón del mundo cuando al principio del número 29 escribe que en él se va a contentar con hacer algunas alusiones al contenido del mensaje cristiano, pues su posterior desarrollo no se parece en nada a una exposición sistemática del contenido de la catequesis.

Tampoco los números siguientes (30 a 34) nos aportan la tan proclamada y reclamada enseñanza sistemática del contenido de la catequesis. Son orientaciones, declaraciones de principios, buenos deseos, advertencias, precauciones... sobre aspectos relacionados con el contenido de la catequesis según los distintos destinatarios, pero no se nos da lo que todos estábamos esperando recibir...

Escuchemos lo que el Papa nos dice en el arranque del número 30: «A propósito del contenido de la catequesis, hay que poner de relieve, en nuestros días, tres puntos importantes». Esta manera de expresarse no augura formulación alguna del contenido mismo de la catequesis. Los tres puntos importantes se refieren a la integridad del contenido (CT, 30), a los métodos pedagógicos adaptados (CT, 31) y a la dimensión ecuménica del contenido de la catequesis (CT, 32 a 34).

En la primera de las puntualizaciones se afirma que el «discípulo de Cristo tiene derecho a recibir la palabra de la fe no mutilada, falsificada o disminuida, sino completa e integral» (CT, 30).

La segunda observación papal habla de que la comunicación de las riquezas del contenido de la catequesis no tiene por qué ser de la misma manera de siempre.

¿En qué se basa el Papa para admitir cambios en el modo de presentar el contenido del mensaje cristiano? Por un lado, en razones metodológicas y pedagógicas: «es posible que en la situación actual de la catequesis, razones de método o de pedagogía aconsejen organizar la comunicación de las riquezas del contenido de la catequesis de un modo más bien que de otro» (CT, 31). Por otro lado, Juan Pablo II justifica los cambios en la presentación modal del contenido perenne de la fe apoyándose en la distinta jerarquía existente entre las verdades de nuestra fe. No todos los artículos de fe son igualmente nucleares ni ejercen la función ordenadora o articuladora entre las diversas verdades con igual eficacia. Esta jerarquía entre las verdades permite ordenar el mensaje cristiano de diferentes formas. Ya el *Directorio General de Pastoral Catequética*, siguiendo el decreto *Unitatis Redintegratio*, n. 11, del concilio Vaticano II, había llamado la atención sobre dicha jerarquía de verdades dentro de la fe para que se tuviera en cuenta en la presentación del mensaje cristiano en la catequesis:

«En el mensaje de salvación existe cierta jerarquía de verdades (ver UR, 11), que la Iglesia siempre reconoció al confeccionar los símbolos o compendios de las verdades de fe... Tenga en cuenta

la catequesis esta jerarquía de las verdades de la fe en todos sus grados» (*DGPC*, 43).

La tercera y última puntualización de la *CT* sobre el contenido de la catequesis está hecha en relación con la dimensión ecuménica del mensaje cristiano (cfr. *CT*, 32 a 34).

Juan Pablo II registra gozosamente el relieve adquirido por el movimiento ecuménico en el concilio Vaticano II y a partir de él (cfr. *CT*, 32). Ya en el terreno estrictamente catequístico de colaboración entre católicos y otros cristianos no católicos, el Papa alerta a los católicos del peligro de reducir el contenido de la catequesis «al mínimo común», perdiendo de vista o haciendo la vista gorda de las «profundas divergencias» que existen en determinados casos. El Papa advierte, además, que esas divergencias no se limitan a la coordenada del saber, sino que se extienden también a la coordenada del vivir: «Además, la catequesis no consiste únicamente en enseñar la doctrina, sino en iniciar a toda la vida cristiana, haciendo participar plenamente en los sacramentos de la Iglesia» (*CT*, 33). El número 34 se refiere a la catequesis dada en colaboración con otras religiones y que en centros estatales «son presentadas a título cultural histórico, moral y literario» (*CT*, 34). El juicio que la *CT* hace caer sobre esos libros escritos desde la óptica de la cultura religiosa es tajantemente negativo en términos de catequesis:

«De todos modos, estos manuales no deben considerarse como obras catequéticas: les falta para ello el testimonio de creyentes que exponen la fe a otros creyentes, y una comprensión de los mismos cristianos y de lo específicamente católico, todo ello sacado de lo profundo de la fe» (*CT*, 34).

B. Crítica

Voy a seguir en este apartado de la crítica los mismos puntos y el mismo orden del apartado primero. Antes de iniciar la crítica, sin embargo, quiero hacer observar que tomo la exhortación apostólica *CT* no como un estudio sistemático de la catequesis, sino como un refrendo personalizado del Papa al trabajo colegiado de los Obispos en el Sínodo de la Catequesis, en 1977. La *CT* desarrolla el asunto de cada capítulo no por sí mismo, sino de acuerdo con el tratamiento recibido en la asamblea general de Obispos de 1977, la cual se había centrado en el análisis del tema catequético sólo en sus aspectos más actuales y decisivos (cfr. *CT*, 4). Por ello en la lectura de la *CT* nos encontramos con subrayados, con avisos de peligros, con exhortaciones,

con puntualizaciones..., es decir, con la voz viva de los Padres sinodales, con la de Pablo VI y sobre todo con la propia de Juan Pablo II. Estamos muy lejos del modo objetivo y sistemático con que la Sagrada Congregación del Clero abordó el estudio de la catequesis en el *Directorio General de Pastoral Catequética*, en 1971.

Esta observación sobre el talante exhortativo, parenético, de la *CT* la tengo en cuenta a la hora de criticar el documento papal.

1. *Sobre el fin definitivo de la catequesis*

La catequesis apunta en último término a la vida de Dios, pero manifestada y realizada en Jesucristo. La *CT* habla repetidas veces del *misterio de Cristo*:

«El objeto esencial y primordial de la catequesis es, empleando una expresión muy familiar a San Pablo y a la teología contemporánea, el Misterio de Cristo... Se trata, por lo tanto, de descubrir en la persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo... pues ellos encierran y manifiestan a la vez su Misterio» (*CT*, 5).

La catequesis, respecto de su fin definitivo, bascula entre el teocentrismo y el cristocentrismo. La *CT* es más cristocéntrica que teocéntrica. No es cuestión de contenido, de fondo, de entraña, sino de acento, de perfil, de contorno.

En Pablo VI, en cambio, el teocentrismo es más perceptible que en Juan Pablo II. Fijémonos en el tono teocéntrico con que Pablo VI explica lo que es evangelizar:

«Evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo; que en su Verbo Encarnado ha dado a todas las cosas el ser, y ha llamado a los hombres a la vida eterna...» (*EN*, 26).

Pienso que también el *Directorio General de Pastoral de Catequética* es más teocéntrico que cristocéntrico. El *Directorio* termina el número 40 con esta afirmación coherente con las razones aducidas: «Por lo cual la catequesis necesariamente debe ser cristocéntrica». En el número siguiente, sin embargo, apuesta por la prioridad del punto de vista del teocentrismo:

«Como Cristo es el centro de la historia de la salvación, así también el misterio de Dios es el centro del cual *parte* esta historia y al que *se ordena* como último fin» (DGPC, 41).

Desde el momento actual de la catequesis, a mí me parece más acertada la acentuación cristocéntrica de Juan Pablo II. En la plenitud escatológica, cuando «Dios sea todo en todo» (1Cor 15,28), no habrá catequesis y entonces el teocentrismo imperará sobre el cristocentrismo, pero aún no ha tenido lugar el final esplendoroso de la historia de la salvación. Y por lo que a nuestra cultura actual se refiere, está claro que la secularización da más cabida y margen de acción al cristocentrismo que al teocentrismo...

La CT no se expresa tras un análisis exhaustivo del objeto de estudio, sino con espontaneidad. Más que hablar pensadamente, transpira lo que piensa. El cristocentrismo que sobre el fin definitivo de la catequesis he *resaltado* en la CT es un cristocentrismo sentido, vivido día a día por el Papa y por esto aparece en la CT más fuerte que el teocentrismo.

2. Sobre el fin específico de la catequesis

Este es otro de los puntos meritorios de la CT. Juan Pablo II insiste mucho en la integralidad del mensaje cristiano, es decir, en su apertura a todas las esferas de la vida cristiana. No es suficiente con la esfera del conocer, del saber «las fórmulas que expresan la fe» (CT, 25). Hay que abrirse asimismo a la esfera del vivir: «Se trata, en efecto, de hacer crecer, a nivel de conocimiento y de vida, el germen de la fe» (CT, 20).

Estas dos esferas o coordenadas de la fe de los cristianos se corresponden exactamente con las coordenadas o dimensiones de la vida de cualquier hombre: conocer y actuar. Esperar es una forma especial de conocer que mira al futuro. Por lo que se pueden mostrar simétricamente estas tríadas:

DIMENSION					
HUMANA			CRISTIANA		
1. conocer	pasado	inteligencia	fe	dogma	palabra
2. esperar	futuro	afecto	esperanza	culto	sacramento
3. actuar	presente	voluntad	caridad	moral	compromiso

En realidad, estas dimensiones gravitan en cualquier acto humano y es objetivo de toda actividad pastoral y misional de la Iglesia lograr su perfecta realización. Entonces ¿qué es lo que especifica a la actividad catequística?

Creo que el Papa acierta de lleno cuando pone la nota específica de la catequesis en la educación, en la maduración, en el crecimiento, en la progresión... de la fe del catequizando.

Alguien podrá argüir: «La educación, ¿no es proyecto y tarea que dura toda la vida?». Claro que sí: la vida es una educación permanente. Pero si el Papa habla de que hay que educar, madurar, hacer crecer, progresar... la fe del cristiano es porque el catequizando se encuentra en un período educativo crucial, decisivo. La educación es un proceso que afecta al hombre a lo largo de toda su vida. Sin embargo, el término «educación» es referido especialmente a los niños porque ellos, por su situación *grávida* de personas constituyentes, atraviesan un período educativo particularmente delicado. Algo parecido sucede con los adultos que se están iniciando en todas las esferas de la vida cristiana (del conocer y del vivir cristianos). Pienso, por lo tanto, que el Papa tiene razón cuando define a la catequesis como el período crucial de la educación de los cristianos en la fe.

Es cierto, como dice el Papa, que en la *CT* no se halla una definición rigurosa y formal de lo que es la catequesis (cfr. *CT*, 18). Pero su concepción del fin específico de la catequesis como el período educativo por antonomasia es, además de exacta, satisfactoriamente inteligible y funcional.

3. *Sobre el contenido de la catequesis*

La catequesis es una forma de presentar la Palabra de Dios. Teniendo esto en cuenta y lo dicho en los puntos anteriores, el Papa Juan Pablo II designa repetidas veces a la catequesis como «una enseñanza sistemática». El mismo Papa expone algunas de las características de esta «enseñanza sistemática»:

«Frente a las dificultades prácticas, hay que subrayar algunas características de esta enseñanza:

- debe ser una enseñanza sistemática, no improvisada, siguiendo un programa que le permita llegar a un fin preciso;
- una enseñanza elemental que no pretenda abordar todas las cuestiones disputadas ni transformarse en investigación teológica o en exégesis científica;

- una enseñanza, no obstante, bastante completa, que no se detenga en el primer anuncio del misterio cristiano, cual lo tenemos en el kerygma;
- una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana» (CT, 21).

De estas características de la catequesis, voy a fijarme en dos de ellas que me parecen más importantes y sobre las cuales los catequistas tienen ideas muy confusas: su carácter de enseñanza propiamente sistemática y su carácter de enseñanza elemental.

a) «Una enseñanza sistemática»

El Papa describe la enseñanza sistemática como una enseñanza que se imparte «siguiendo un programa que le permita llegar a un fin preciso» (CT, 21). Una enseñanza sistemática supone un plan bien conjuntado en la totalidad de sus temas de contenido y entre los mismos temas particulares. Los diversos temas deben aparecer relacionados entre sí como si formaran parte de un organismo vivo. La enseñanza de la catequesis es sistemática cuando presenta el mensaje cristiano como un conjunto orgánico (= vivo) y armonioso de verdades.

¿Cuál es el sistema que la CT sigue en la presentación del contenido de nuestra fe? La CT no muestra explícitamente el sistema de ordenamiento de las diversas verdades de fe utilizado por Juan Pablo II. Pero se adivina que es el sistema tradicional, el sistema del Credo: en primer lugar, porque, justamente antes de emprender el recorrido a través del mensaje cristiano (cfr. CT, 29), la CT habla del Credo como «expresión doctrinal privilegiada» (cfr. CT, 28); y, en segundo lugar, porque en la ligera andadura del Papa por las verdades cristianas se refleja el orden del articulado del Credo: Dios, Jesucristo, Espíritu del Resucitado, Iglesia, escatología (cfr. CT, 29).

El Credo arranca de Dios en cuanto Padre Creador («Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra»). Este comienzo marca el sentido del itinerario de la historia de la salvación, esto es, dicho trayecto va desde Dios hacia los hombres, desde la Eternidad hacia el tiempo, desde Arriba hacia abajo...

Pienso que este es el sentido verdadero de la economía de la salvación, pero no es el sentido que los hombres vivimos en nuestra cotidianidad. En el orden del instante temporal, lo primero somos nosotros, nuestras situaciones

concretas, nuestros gozos y penas... En la relación Dios-hombre, lo primero es la pregunta del hombre. Por supuesto, Dios es también el responsable de que el hombre sea la pregunta cuya respuesta es Él, pero no hay respuesta propiamente dicha si el hombre no pregunta.

En catequesis hay que partir del hombre, de sus preguntas, de sus gritos de salvación... Semejante comienzo, particularmente en la cultura antropocéntrica de nuestros días, no es una sugerencia gratuita, supererogatoria, sino una condición necesaria para que Dios sea en realidad la Respuesta salvadora del hombre. Así lo han entendido valiosas obras de teología y de catequesis.

De las publicaciones teológicas, transcribo la lista de títulos de los volúmenes del *Manual de teología como historia de la salvación*, o *Mysterium Salutis*. Fácilmente se puede comprobar en el simple enunciado de los títulos que la obra empieza por el hombre, por sus ansias de salvación:

- Vol. I: «Teología fundamental como historia de la salvación».
- Vol. II: «La historia de la salvación antes de Cristo (Dios como origen y fundamento de la historia de la salvación; sus comienzos; el hombre sobre la tierra antes de Cristo)».
- Vol. III: «Cristo (la Revelación)»
- Vol. IV: «La Iglesia (la salvación en la comunidad del Dios-Hombre)».
- Vol. V: «El caminar en el tiempo del hombre redimido y la consumación de la historia de la salvación».

El arranque antropológico es también franco y decidido en el llamado «Catecismo Holandés». He aquí el enunciado de su estructura, con mención explícita de los títulos que componen su primera parte, para que así se vea mejor el giro antropológico operado en la presentación del contenido del mensaje cristiano:

- Parte primera: «EL MISTERIO DE LA EXISTENCIA
 - El hombre se pregunta
 - Gloria y miseria del hombre
 - El mundo en evolución
 - El deseo sin límites
 - La llamada de nuestra conciencia
 - La llamada a lo infinito
 - La raya bajo la cuenta»

- Parte segunda: «EL CAMINO HACIA CRISTO»
A. El camino de los pueblos
B. El camino de Israel»
Parte tercera: «EL HIJO DEL HOMBRE»
Parte cuarta: «EL CAMINO DE CRISTO» (o el camino del cristiano)
Parte quinta: «EL TERMINO DEL CAMINO».

Ni que decir tiene que las adiciones y enmiendas exigidas al *Nuevo Catecismo para adultos* por la Comisión de Cardenales no afectaban en absoluto al esquema de su estructura redaccional.

Juan Pablo II, en el número 29 de la *CT*, que lleva el solícito título de «Elementos a no olvidar», se limita a seguir el orden tradicional de los Símbolos de la fe cristiana, de los manuales de teología y de los catecismos, y así comienza a recorrer el contenido del mensaje cristiano por el cielo, por arriba, por Dios, con estas palabras: «Todos ven, por ejemplo, la importancia de hacer entender al niño, al adolescente, al que progresa en la fe 'lo que puede conocerse de Dios', de poderles decir, en cierto sentido: Lo que sin conocer veneráis, eso es lo que yo os anuncio» (*CT*, 29).

b) «Una enseñanza elemental»

Al explicar lo que debe entenderse por «una enseñanza elemental», la *CT* contrapone la catequesis a la teología y a la exégesis científica: «una enseñanza elemental que no pretenda abordar todas las cuestiones disputadas ni transformarse en investigación teológica o en exégesis científica» (*CT*, 21).

¿Cuál puede ser el criterio para determinar las formulaciones básicas de nuestra fe? No tratamos ahora del orden en que se ha de articular el contenido del mensaje cristiano, sino del carácter esencial de que debe gozar *todo* el contenido cristiano de la enseñanza catequística.

La *CT* da a esta cuestión una respuesta certera en el número 27, al hablar de la fuente del contenido de la catequesis:

«La catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios transmitida mediante la Tradición y la Escritura...».

«Hablar de la Tradición y de la Escritura como fuentes de la catequesis es subrayar que ésta ha de estar totalmente impregnada

por el pensamiento, el espíritu y actitudes bíblicas y evangélicas a través de un contacto asiduo con los textos mismos; es también recordar que la catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia y cuanto más se inspire en la reflexión y en la vida dos veces milenaria de la Iglesia».

Contenido esencial de la catequesis es, por consiguiente, aquel que consta en la Escritura y ha sido reconocido como tal por la inteligencia y el corazón de la Iglesia, de toda la Iglesia.

Juzgo que los Símbolos de nuestra fe cumplen con ambos requisitos: con el testimonio de la Escritura y con la ratificación de toda la Iglesia.

La *CT* no distingue inequívocamente entre «el contenido esencial, la substancia viva del Evangelio» y aquellas formulaciones teológicas de turno en que la «substancia viva del Evangelio» aparece expresada. Afirmino esto último porque el Papa sentencia acerca del «Credo del Pueblo de Dios», de Pablo VI: «Es una referencia segura para la catequesis» (*CT*, 28), cuando resulta que en dicho Credo hay algunas explicaciones teológicas sobre el pecado original, sobre la presencia de Jesucristo en la Eucaristía... que son objeto de opinión y de discusión dentro de la investigación teológica.

II. EL MENSAJE CRISTIANO EN LA CATEQUESIS ESPAÑOLA

En febrero de 1983, la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de España, siendo presidente de la misma Elías Yanes Alvarez, se publicó el documento *La Catequesis de la Comunidad (C de la C)*. El escrito se sitúa en la renovación catequística desencadenada a partir del concilio Vaticano II:

«Nosotros nos hemos movido con la misma voluntad de renovación que estuvo en el origen de la etapa abierta en la catequesis cuando, clausurado el concilio Vaticano II, los Pastores volvieron a sus Iglesias locales» (*C de la C*, conclusión).

El documento de la Comisión Episcopal Española se inspira más concretamente en los Sínodos universales de 1974 y de 1977 y en las correspondientes exhortaciones apostólicas *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI, y *Catechesi Tradendae*, de Juan Pablo II (cfr. *C de la C*, conclusión).

Sinceramente, hay que reconocer que la *C de la C* constituye una aportación española muy valiosa de enriquecimiento y de precisión al tema de la cate-

quesis del concilio Vaticano II (recogido sistemáticamente por el *Directorio General de Pastoral Catequética*) y, más en particular, de la *CT*, de Juan Pablo II.

En esta segunda parte del artículo voy a recorrer de nuevo los puntos que más tienen que ver con el contenido del mensaje cristiano, mostrando, al recorrerlos, las peculiaridades de la *C de la C*.

1. *A propósito del fin definitivo de la catequesis*

En relación con el fin último de la catequesis —participación en Jesucristo de la Vida de Dios—, la *C de la C* se atiene más al cristocentrismo de la *CT* que al teocentrismo del *DGPC* y de la *EN*.

Ya desde el principio (I. «La misión de la Iglesia: el anuncio del evangelio del Reino»), la *C de la C* se centra en el advenimiento y en el desarrollo del Reino de Dios aquí y ahora. No se entretiene en mostrarnos el Reino de Dios para los hombres en el desginio eterno del Dios Trino. Apenas se preocupa tampoco de la plenitud escatológica del Reino de Dios, cuando «Dios sea todo en todo» (1Cor 15,28). Para la *C de la C*, el plazo de tiempo de la misión evangelizadora de la Iglesia se extiende desde la primera hasta la segunda venida del Señor y a ese tiempo dedica casi exclusivamente la atención y la entrega. El Reino de Dios en cuanto que *parte* de Dios como Causa y en cuanto *se ordena* a Dios como Fin no ocupa mucho espacio ni un espacio especial en la tarea evangelizadora de la Iglesia estudiada por la *C de la C*, como tampoco lo ocupaba en la *CT*.

2. *A propósito del fin específico de la catequesis*

Sobre este particular, la aportación de la *C de la C* a la *CT* es definitiva.

En primer lugar, la *C de la C* explica detalladamente y fundamenta convincentemente el carácter integral del proceso de iniciación cristiana del catequizando. Juan Pablo II había ampliado el concepto de catequesis extendiéndolo de la enseñanza de las fórmulas de fe (= dimensión doctrinal) a las dimensiones de la celebración y del compromiso de vida (cfr. *CT*, 17, 25, 47). La *C de la C* desarrolla las tres dimensiones y hasta subdivide una de ellas (la del compromiso de vida) en dos. He aquí las cuatro dimensiones, o tareas, o caminos... que la *C de la C* trata (cfr. n. 85 a 92):

1. dimensión cognoscitiva
2. dimensión contemplativa (oración, sacramentos...)
3. dimensión axiológica (compromiso de vida personal)
4. dimensión de compromiso de vida social (dentro y fuera de la Iglesia)

La fundamentación de que la catequesis es una iniciación cristiana integral aparece hecha en la *C de la C* desde una doble vertiente: 1) desde la inspiración catecumenal de la catequesis (cfr. *C de la C*, 83 a 105); y 2) desde la concepción que la Iglesia tiene de la revelación (cfr. *C de la C*, 106 a 139).

La *C de la C* contiene, en segundo lugar, una definición rigurosa y formal de catequesis, que recoge su carácter propio y específico, definición que el Papa Juan Pablo II lamentaba no haberla brindado en la *CT*. Estas son las palabras con que la *C de la C* describe específicamente la catequesis:

«La etapa (o período intensivo) del proceso evangelizador en la que se capacita básicamente a los cristianos para entender, celebrar y vivir el Evangelio del Reino, al que han dado su adhesión, y para participar activamente en la realización de la comunidad eclesial y en el anuncio y difusión del evangelio» (*C de la C*, 34).

3. *A propósito del contenido de la catequesis*

También en este punto —precisamente el que guarda relación más estrecha con el contenido de la catequesis— la *C de la C* representa un avance considerable y casi definitivo sobre la *CT*.

a) «Una enseñanza sistemática»

La *C de la C* no se contenta con decir que hay que transmitir la «substancia viva del Evangelio» y que para conseguirlo existe entre las verdades de nuestra fe una jerarquía. ¿Qué verdad ocupa la cúpula de dicha jerarquía o constituye el núcleo del articulado de la fe cristiana? Esta es una verdad también reconocida por todos los documentos oficiales de la Iglesia. Dice la *C de la C* remitiendo a la *CT*: «La fe cristiana radica últimamente en el Misterio vivo de Dios tal como se nos ha comunicado en el Misterio de Cristo» (*C de la C*, 200). Pero la *C de la C*, además, tiene el valor de aplicar el mencionado núcleo central de la revelación al conjunto y a cada una de las verdades del Credo. Hay que anotar en la cuenta de la *C de la C* el mérito de haber

llevado a cabo la lectura cristológica del Credo, tal como en su día lo había pedido O. Cullmann:

«Toda explicación del Credo, para ser fiel al espíritu de la confesión de fe original, tendría que partir del artículo cristológico y pasar de ahí al primero y al segundo artículo, sin tener en cuenta el orden en el cual se siguen los artículos. A este respecto, habría que revisar las interpretaciones que se han dado del Credo en el curso de los siglos» (*La fe y el culto en la Iglesia primitiva*, Ed. *Studium*, 1971, pp. 110-111).

Este es el resultado de la lectura cristológica emprendida por la *C de la C* sobre el cuerpo doctrinal del Credo. Nótese cómo la fe en Jesucristo ocupa el primer lugar (y se extiende a lo largo de los tres primeros enunciados). Después —y sólo después— viene la revelación de Dios como Dios y Padre de Jesucristo. Luego la revelación del hombre en Jesucristo. Más adelante se trata el envío del Espíritu del Resucitado. Seguidamente se habla de la Iglesia como comunidad de creyentes en Jesucristo. Y, finalmente, se nos muestra a la Iglesia en espera del retorno del Señor:

- 1.º • «Jesús de Nazaret es el Cristo, el Hijo de Dios mismo.
• Jesús fue crucificado, murió por nuestros pecados y fue sepultado.
• Dios Padre resucitó a Jesús.
- 2.º • El Dios y Padre de Jesucristo.
- 3.º • El hombre que se nos revela en Jesús.
- 4.º • Jesús envía el Espíritu desde el Padre.
- 5.º • Dios congrega a su Iglesia en Jesucristo por el don del Espíritu.
- 6.º • La Iglesia peregrinante espera el retorno del Señor». (cfr. *C de la C*, número 164 a 201: «La confesión de fe, expresión de la identidad cristiana»).

La fe en Dios Padre Creador no aparece al principio, como es habitual en aquellas catequesis que siguen el orden del Credo, sino que aparece después de haber presentado a Jesucristo, su historia, muerte y resurrección.

La única observación que se me ocurre hacer al ordenamiento que la *C de la C* hace del contenido del Evangelio es la de no haber ordenado a su vez la cristología desde la resurrección del Señor, que así es como han sido redactados los evangelios y, en general, todo el Nuevo Testamento. Y eso que, al comienzo del documento del Episcopado español, el mensaje se centra en Jesús resucitado, en Jesús el Señor (cfr. *C de la C*, 8 a 13) y se afirman cosas como éstas:

«La resurrección de Jesús es el gran sí que Dios pronuncia en apoyo —supremo y definitivo— de su Enviado. El día de la resurrección es realmente el día en que actuó el Señor. Es el signo, por excelencia, del reinado de Dios. Es el objeto del testimonio apostólico. Es la base sobre la que se apoya nuestra fe. Es el centro del mensaje que transmite la catequesis» (*C de la C*, 11).

b) «Una enseñanza elemental

La *C de la C*, a la hora de determinar las verdades básicas de la fe cristiana, no se guía por las proclamaciones dogmáticas; tampoco por las *prescindibles* explicaciones teológicas que Papas, concilios, teólogos, escuelas teológicas, predicadores... suelen dar del contenido perenne de la fe cristiana..., sino que se atiene coherentemente a lo que consta en los Símbolos de la fe reconocidos como tales por toda la Iglesia:

«Por muy explícitamente que se confiese la fe cristiana, nunca se dirá más de ella que lo que se dice, condensadamente, en los Símbolos de la fe más elementales» (*C de la C*, 200).

En relación con el tema del pecado original, por ejemplo, el documento catequístico español defiende como verdad esencial de la fe cristiana lo que todo cristiano sostiene: que «el hombre... es incapaz de justificar su origen, su existencia y su destino a partir de sus propias fuerzas. Es el hombre herido en su integridad desde sus orígenes...» (*C de la C*, 180). Más adelante el documento nos advierte acertadamente:

«Toda presentación y comprensión de la fe cristiana que no tenga en cuenta el estado del hombre caído y lo irremediable de este estado sin la intervención gratuita y amorosa de Dios falsea la auténtica doctrina de fe acerca del hombre y, por tanto, contribuye a erosionar la identidad de nuestros cristianos» (*C de la C*, 181).

Esta comprensión del pecado original está muy lejos de incluir como verdad esencial cristiana la explicación teológica de que, antes del pecado cometido por los primeros padres, éstos se encontraban en un estado en el que «estaban constituidos en santidad y justicia, y en el que el hombre estaba *exento del mal y de la muerte*»... («Credo del Pueblo de Dios», de Pablo VI).

Las explicaciones teológicas deben ayudar a profundizar en el esclarecimiento de las verdades fundamentales de la fe y facilitar con esas explicaciones el asentimiento de los cristianos a ellas. La teología no debe en ningún momento aumentar las dificultades que el mensaje cristiano ya entraña por sí mismo para la razón de los creyentes.

Antes de terminar quiero añadir —con gozo— que los catequistas españoles tenemos en la *C de la C* una buena guía para iniciar básicamente a los catequizandos —adultos— en el conocimiento, celebración y vida de estilo evangélico, así como también en la realización de la comunidad eclesial y en el anuncio misionero del Evangelio. La mera existencia de una guía catequística como la *C de la C* no garantiza que la praxis catequística española sea convincente y pujante. Hay, por el contrario, pruebas de que deja mucho que desear. Pero es motivo de esperanza para el futuro de la realidad catequística española poder contar con ese faro de referencia luminosa y segura que es la *C de la C*.